

chance cacophony. In sheer beauty of description, *La Vorágine* invites comparison with Hudson's "Green Mansions" and Tomlinson's "The Sea and the Jungle," although such comparison dealing with two diametrically different tongues is not just, particularly in view of the disparity between English and Spanish usage and tradition. But the picture Rivera has painted of the jungles is a complete antithesis of Hudson's. Hudson saw the paradise Chateaubriand and Bernardin de St. Pierre sought to portray. Rivera has given us a monster, sullen, vicious, treacherous, awful with an awful beauty, always seeking to smite the impudent and puny invader, stretching out its evil grasp even to those who had long fled from it (as it seemed to do in the case of Rivera, whose resistance to illness undoubtedly had been lowered by the harrassing experiences on the Amazon). Rivera hated the jungle because it cut off the limitless sweep of the great plains, because it closed sun and moon from man, because its air was not the fresh morning air of the plains but noxious vapors and miasmas.

And lastly and most important, he hated the jungle because it made a brute of every man that dared to venture within its leaf-topped aisles of death and disease.

* * *

I regret that lack of space forbids a more detailed consideration of *La Vorágine*. I know that should I turn to the book I would be launched on a series of endless quotations, for its three hundred odd pages contain too much that one would want to quote, both because of material or style. I fear I have been led into adverse rather than favorable criticism of the parts I have referred to. This seems inevitable when dealing with a great book. *La Vorágine* needs no exaltation. It stands unaided on its own merits. Nor does Rivera himself need eulogizing threnody to sing his virtues, except for the fact that he cannot be known as his book can be known. He was a man of prevailing magnanimity, generous and thoughtful with his friends as few men are. Oppression and injustice galled him to the quick, and scars on his leg showed where he had suffered bullet wounds as in Casanare he sought to right the wrongs he had witnessed. Now he rests once more where evening zephyrs rustle the palm-leaves, perhaps on the gentle knoll he spoke of in *La Vorágine* as a place of peace where he would want to end his days, beside a glaucous pool where cattle at evening would come to drink, where a nodding palm would sing the songs he was always listening to. "Those immense spaces injured me," he wrote of the plains, "yet notwithstanding this I wanted to embrace them. . . . I

know that in my dying moments the images I most clearly bear within me will blur in glassy eyes; but I know, too, that in the eternal atmosphere through which my spirit must ascend I'll find the half-tones of those tender twilights, which with brush-strokes of opal and rose already have painted for me on friendly skies the path the soul follows on its way to the supreme constellations." Sensitive spirit—dreamer of dreams—he sleeps now on his "llanuras inolvidables."

EARLE K. JAMES

NEW YORK CITY

LA VIDA LITERARIA EN CHILE

La novela más importante del año ha sido *El chileno en Madrid*, de Joaquín Edwards Bello. Esta novela, que a mi se me antoja autobiográfica, es una verdadera loa al Madrid popular que los artistas de América tienen muy cerca de su corazón y celebran desde lejos en poemas a la manera de los de Emilio Carrere y en páginas en prosa que parecen desgajadas de los libros de Pío Baroja. Edwards Bello ha vivido muchos años en España, ha cultivado la amistad de sus mejores hombres y ha frecuentado las mansiones aristocráticas, las universidades, los teatros, los circos, las iglesias, los museos, los bares, los barrios bajos de Madrid, y por este motivo su última novela parece ser la obra de un madrileño . . . que hubiera vivido muchos años en América. Demuestra el autor de este libro un excesivo entusiasmo por la vida fácil de la "golfería," por toda la majeza racial que los españoles modernos tratan de ocultar y desdeñan, pero que existe, y tiene su encanto peculiar, como todo lo que es auténtico, primitivo, espontáneo en la feria de la vida.

Edwards Bello como narrador nos ofrece particularidades de un profundo interés, pues, sin ser un buen artista, logra interesarnos con sus cuadros realistas y con la inquietud de su estilo, incorrecto, destartado, irregular y hasta grosero a veces, pero lleno de vida y de pasión; estilo que está más allá de la gramática y de las tiranías estéticas. De cultura cosmopolita, perenne viajero en busca de impresiones nuevas, Edwards Bello es el escritor chileno que más intensamente contribuye a nuestro hispanoamericanismo literario. *El chileno en Madrid* nos recuerda *La busca* de Baroja y, aunque parezca extraño, encuentra su único parangón en América en el *Facundo* de Sarmiento.

El ensayo de Ortega y Gasset *La deshumanización del arte* ha encontrado serios comentaristas en la América española. En México Jaime Torres Bodet ha puesto bien orientados reparos a

las doctrinas del pensador español y en Chile, nada menos que un hombre de la ecuanimidad de Enrique Molina, ha dicho a raíz de ciertas observaciones sobre arte moderno: "La tesis de la deshumanización del arte es como una bomba destinada a vencer al enemigo por cegamiento. No hiere ningún órgano vital, pero perturba, paraliza, impide pensar en un principio. Mas precisamente por esta circunstancia uno siente la necesidad de formarse ideas claras sobre tema tan trascendental, y, a poco discurrir, llega a ver cuán deleznable es la fábrica. Así se encuentra que Ortega y Gasset, escritor tan bien reputado entre nosotros, ha fallado esta vez como pensador sólido, quizás por afán snob o por ligereza." (Atenea, III, 8, 211.)

Últimamente hemos recibido de Chile un nuevo libro sobre el mismo tema titulado *La intelectualización del arte* y cuyo autor es el joven maestro Luis David Cruz Ocampo. El libro de Cruz Ocampo no es sólo un comentario de *La deshumanización* sino que al discutir las teorías de Ortega el pensador chileno formula sus propias doctrinas con envidiable claridad y relativa firmeza. Para Cruz Ocampo la deshumanización no es otra cosa que la necesaria modificación que tiene que experimentar la realidad, o sea la Naturaleza, los animales, las cosas o los hombres para transformarse en sustancia artística. Hay que notar que en las teorías de Ortega éste es el fenómeno más fundamental y característico del arte nuevo. Observa en seguida el chileno que toda obra de arte es desrealización o deformación de la realidad, v. g. la arquitectura desrealiza la curva del cielo y hace el arco; el arte egipcio desrealiza el loto y hace la columna del capitel; Homero desrealiza las luchas de los griegos, Dante la vida de su época, Cervantes la de la suya, por ende la deshumanización aparece en el arte de todas las épocas y no sólo es característica fundamental del arte nuevo. Por otra parte Ortega ha estudiado las teorías de este arte sin ver que muchas veces las obras son todo lo contrario de lo que se dice en las proclamas. Destruyendo de hecho las opiniones un tanto pueriles de García Huidobro y de Marinetti, el escritor chileno observa que en el arte moderno predominan siempre los elementos intelectuales. Está Cruz Ocampo en discrepancia con Ortega en lo que se refiere a la trascendencia del arte actual, pues, mientras el español lo cree insignificante, el chileno, pensando en Ibsen, Dostoyewsky, Tolstoy, Marinetti, el futurismo, el grupo "Clarté," Barbusse, Rolland, etc. opina que los intelectuales de hoy ponen sus fuerzas al servicio de las doctrinas de mejoramiento social y tienen una alta idea de su misión en este mundo. Lo que sucede es que Ortega equivoca el concepto que tiene la muchedumbre del poeta con la idea que éste tiene de sí mismo.

El libro del profesor chileno es de gran valor actual y en vez de quitar mérito a *La deshumanización del arte* creemos que complementa esta obra. Ortega, como todo filósofo moderno, no adopta nunca actitudes de dómine, y en este libro de la deshumanización creemos que partió a demostrar una serie de teorías con muchas dudas enroscadas a su cerebro.

De menos importancia que *El chileno en Madrid* es la novela de Jenaro Prieto *El socio*. Sin embargo, por su sano humorismo y por la pintura un tanto caricaturesca de la burguesía santiaguina *El socio* es una de esas novelas llamadas a vivir largo tiempo y a quedar luego como documentos de una época.

Luis Enrique Délano, uno de los escritores más jóvenes de Chile, acaba de publicar *La Niña de la prisión*, diez narraciones un tanto fantásticas. Se nota en este escritor el prurito pirandelliano de salirse de la cotidiana realidad para sorprendernos con cuentos raros que a veces se hacen fantasmales a la manera de Poe. Fino estilista y seguro creador de caracteres irreales, Délano nos ofrece la mejor promesa entre los jóvenes prosistas chilenos.

Januario Espinosa ha publicado una novela que ha tenido cierta resonancia en Chile y ha sido muy aplaudida por cierta prensa. *La señorita Cortés-Monroy* se titula la obra y de su lectura hemos sacado una triste impresión de realidad deformada, no por teoría estética, sino por incapacidad de observación. El estilo del señor Januario Espinosa no nos interesa.

Notamos con satisfacción un creciente interés entre los escritores de Chile por la literatura norteamericana e inglesa. La revista *Atenea* publica en su número de Julio un resumen de un artículo sobre Edwin Arlington Robinson aparecido en *La Revue Bleue*. El novelista Mariano Latorre publica en esta misma revista (Junio) un resumen crítico de la obra de J. O. Curwood, a quien llama escritor naturista. A. Labarca Hubertson publica un extenso estudio sobre *Un novelista pedagogo: H. G. Wells* en *Atenea* (Abril).

ARTURO TORRES-RIOSECO

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LA VIDA LITERARIA EN CUBA

Así como el desastre colonial acaecido en las postrimerías de la pasada centuria propició en España la reacción espiritual que se conoce bajo el nombre un poco vago e inadecuado de *generación del 98*, así la triste situación política en que quedó Cuba después del convenio pacificador del Zanjón del año 1878, el cual puso fin a la primera guerra por la independencia de aquella isla, fué